VIKINGOS

Los guerreros venidos del hielo

Vikingos frente a las costas rusas, según el óleo *Los huéspedes de ultramar,* de N. Roerich.

48. **En busca de tierras**
Federico Marazzi

55. **La conquista**
Federico Marazzi

62. **Invasión de al-Ándalus**
Juan Martos Quesada

68. **Muerte de una esclava**
Eleonora Fontana

Surgidos de los confines helados del Norte, entre los siglos IX y XI, los piratas vikingos protagonizaron una formidable y violenta expansión que transformó el mapa político europeo, tuvo en jaque a la España andalusí, dejó permanente huella en las Islas Británicas, permitió la consolidación de los reinos escandinavos y contribuyó a cimentar las raíces de la cultura

En busca de tierras y FORTUNA

"Ir de vikingos" es lo mismo que dedicarse a saquear. De ahí viene el nombre con que fueron conocidos, y temidos, estos guerreros del Norte. **Federico Marazzi** explica las causas de su formidable expansión, que está unida a la génesis y consolidación de los reinos de Escandinavia

Gentes diversas dejaron Escandinavia para ir "de vikingos", que es lo mismo que saquear. De ahí les viene su nombre. La historia de un pueblo que durante tres siglos casi ininterrumpidamente se lanza a la conquista de nuevos espacios y nuevas tierras, navegando por los mares nórdicos, fríos y a menudo peligrosos, quizá nunca antes cruzados por el hombre, o por los ríos rusos y que fundó nuevos reinos y ciudades, es por sí sola apasionante.

Si a esto le añadimos el arrojo despiadado de los jefes y guerreros de este pueblo, decididos a toda costa a conquistar nuevos territorios para sus gentes, la gran habilidad de sus artesanos en la construcción de naves ligeras imposibles de hundir o en el forjado de armas espectaculares y joyas espléndidas, y la inspirada vena de sus poetas, que cantaban las gestas de estos héroes y la belleza y el valor de sus mujeres, contamos con los ingredientes de una gran epopeya. Y si, finalmente, pensamos que de esta epopeya nace la historia de las siete naciones del Norte de Europa –Dinamarca, Suecia, Noruega, Finlandia, Islandia, Gran Bretaña e Irlanda–, entre los más sólidos Estados de nuestro tiempo, y se forja la de Rusia, el encanto cede su puesto a una curiosidad más racional, pero no menos viva, por los protagonistas de la epopeya, a quienes las fuentes históricas llaman vikingos.

Una fíbula de metal que representa la figura de Odín, un dios de los pueblos escandinavos, que tardaron en convertirse al cristianismo.

Los vikingos se enseñorearon de los mares boreales (mar del Norte, Báltico, mar de Noruega y el Atlántico septentrional) entre 800 y 1050, pero nunca fueron un pueblo único, políticamente compacto y, en realidad, nunca se llamaron a sí mismos vikingos. Éste era el término con el que gentes diversas, que provenían de la península Escandinava, eran identificadas por los pueblos de las costas francesa, británica y de los Países Bajos, debido a la actividad que les había hecho conocidos: el saqueo. Un *vikingr* era aquel que iba a dedicarse a la práctica del *viking*, es decir, a saquear.

Durante el período en el que se mantuvieron activas, las bandas vikingas no estuvieron compuestas sólo por escandinavos, sino que a menudo incluían personas de varias etnias con las que, de vez en cuando, entraban en contacto los escandinavos (irlandeses, anglosajones, francos, frisones, bretones, eslavos). Además, no todos los escandinavos del período fueron vikingos, tan sólo una minoría, aunque no por ello menos visible. Sin embargo, este estallido de dinamismo de la población escandinava, que hizo conquistas en ultramar y provocó grandes cambios sociales y políticos en

Federico Marazzi es profesor de Arqueología e Historia Medieval, Univ. Nápoles.

Barcos vikingos asediando París. En 845, 120 naves remontaron el Sena y devastaron la capital de Carlos el Calvo (litografía del siglo XIX).

Página miniada del *Libro di Flatey*, un manuscrito del siglo XIV que contiene relatos sobre los héroes vikingos. En el dibujo aparecen representados guerreros en combate.

su zona de origen, constituye una fase tan decisiva históricamente, que los estudiosos han podido hablar de "era vikinga" en Escandinavia durante los siglos que van del IX al XI.

La epopeya vikinga tuvo lugar en un momento decisivo para la evolución social, cultural y económica de Escandinavia, particularmente Dinamarca, Suecia central y meridional y el sur de Noruega. La investigación arqueológica permite conocer la prehistoria de estas tierras con una precisión asombrosa y aporta explicaciones sobre por qué los pueblos que vivían allí decidieron, casi al mismo tiempo, lanzarse a empresas militares y de conquista tan arriesgadas como inciertas en un amplísimo radio. Esta fase ha sido considerada como la línea divisoria entre la prehistoria y la edad propiamente "histórica" de los pueblos escandinavos. En cierta forma, como sucedió con los pueblos helénicos del período minoico y micénico, la gran expansión hacia el exterior determinó no sólo una gran ampliación de los contactos (aunque fueran conflictivos) con otros pueblos, sino también la maduración y consolidación de las estructuras político-sociales de los pueblos protagonistas de la expansión.

Fue a partir de los siglos IX a XI cuando Dinamarca, Suecia y Noruega comenzaron a conocer estructuras estatales estables, en torno a monarquías que empezaban a adquirir carácter "nacional". Una de las causas tradicionalmente propuestas para explicar el fenómeno es el crecimiento demográfico en las tierras escandinavas entre los siglos V y VIII, obligando a grupos cada vez más numerosos a buscar tierra y fortuna lejos del suelo natal. Muchos de los pueblos germánicos que invadieron el Imperio romano entre los siglos V y VI (godos, burgundios, vándalos y longobardos) presumían de orígenes escandinavos. Jordanes, que escribió en el siglo VI una historia de los godos, definió a Escandinavia como un "seno de pueblos". Parece probable que una tierra que sólo podía mantener a cierto número de población, obligase cada cierto tiempo a una parte de sus habitantes a emigrar. Pero ésta no puede ser la única causa del fenómeno vikingo, porque solamente cien años después del comienzo de las razias vikingas por las costas del Báltico y del mar del Norte, grupos escandinavos emigraron para asentarse en las mismas tierras que primero habían saqueado.

Comercio y rapiña

Otra hipótesis es la del progreso de los astilleros escandinavos en los siglos VIII y IX, comenzando a producir nuevos tipos de embarcaciones de altura, veloces y con capacidad para varias decenas de personas, más caballos y bueyes. Y quizá exista una tercera razón, más estructural, que transformó en belicosos vikingos a los subdesarrollados y pacíficos daneses, suecos y noruegos. Parece que, tras la caída del Imperio romano, el comercio entre las actuales Francia, Alemania, Gran Bretaña y Escandinavia se desarrolló con más libertad y aumentó su volumen, hasta alcanzar su cénit en el siglo VIII. Fue en ese momento, bajo la dinastía carolingia, cuando los francos se convirtieron en una potencia europea y las zonas res-

Embarcación de vikingos escandinavos en el siglo X, según una representación de finales del XIX (Madrid, Museo Naval).

guardadas del mar del Norte y las riberas de los grandes ríos que desembocan en ellas (Támesis, Sena, Mosela, Rhin, Elba) se llenaron de ciudades, puertos comerciales, grandes fincas y monasterios tan florecientes como poco defendidos. Daneses y noruegos proporcionaban a francos y anglosajones productos esenciales típicamente nórdicos, como pieles, hierro, madera, ámbar y marfil de ballena.

Es probable que la piratería vikinga hubiera sido inicialmente suscitada por la abundancia y la accesibilidad de las riquezas custodiadas por los francos y los anglosajones, y se convirtiera en crónica cuando la crisis política que comenzó a disgregar el Imperio franco a partir de 830/840 dejara espacios cada vez más desprotegidos frente a los asaltantes, que finalmente llegan a asentarse de forma estable en Escocia, Inglaterra y las costas de Normandía, creando verdaderos Estados vikingos en ultramar.

Las hordas vikingas comenzaron a aplacarse debido a una concatenación de factores. Por un lado, en sus tierras de origen, se consolidaron, en los siglos X y XI, poderes monárquicos más estables que, más que por medio de la piratería, se sustentaban gracias a la imposición de aranceles y tasas o mediante iniciativas bélicas "oficiales". Por otro lado, la reorganización feudal de las monarquías francesa, germánica y británica –esta última por obra de los descendientes de los vikingos establecidos en tierras de Francia: los normandos– y la fortificación sistemática del territorio hicieron menos accesibles las metas de la piratería vikinga. Finalmente, los pueblos escandinavos se insertaron de forma más estable en el escenario político de Europa. Pero en los tres siglos anteriores, los pueblos escandinavos se habían proyectado sobre un escenario que se extendía desde el curso del Volga y el mar Caspio, al este, hasta las costas del Labrador y Terranova, al oeste. Para comprenderlos es necesario saber cuáles eran las condiciones de vida en los asen-

PALABRAS POCO CLARAS

Desde el siglo II d.C., si no antes, los pueblos escandinavos habían creado un sistema propio de escritura alfabética. Este alfabeto fue llamado "rúnico", y cada letra, "runa". Probablemente fue elaborado imitando el alfabeto latino, como sugiere la gran semejanza existente entre algunos símbolos pertenecientes a ambos. El alfabeto rúnico habría sido ideado, en principio, para hacer inscripciones sobre madera y hueso, conteniendo breves mensajes, como hace pensar la forma angulosa de sus caracteres. De un segundo momento se han hallado inscripciones sobre piedra y metal, pero nunca se desarrolló una verdadera escritura rúnica en libros. En la época vikinga aparecen grandes inscripciones sobre piedra, acompañadas por motivos decorativos, originalmente embellecidos con pigmentos coloreados y que conmemoran difuntos, o recuerdan empresas marineras o bélicas importantes. Algunas, más largas, tienen forma poética. Las particularidades fonéticas del alfabeto rúnico y la relativa exigüidad del vocabulario conocido como escandinavo antiguo, hacen que no siempre puedan comprenderse en su totalidad los textos que han sobrevivido. El rúnico desaparece progresivamente a lo largo del siglo XI, al introducir la Iglesia el alfabeto latino.

Estela de Lindisfarne, Holy Island, Nortumbria, que reproduce un ataque pirata de los vikingos a una población costera de la región, en el año 793.

tamientos humanos en Escandinavia en vísperas de las ofensivas vikingas.

Guerreros llegados del frío

Escandinavia es una región que se extiende a lo largo de más de dos mil kilómetros, desde el istmo que conecta la península de Jutlandia con Alemania, al sur, hasta el Cabo Norte. Si la dureza del clima, que a veces presenta situaciones extremas, ha sido siempre el mayor escollo para la expansión de la población escandinava por el norte, la frontera meridional ha fluctuado a lo largo del llamado Cuello de Jutlandia, en función de las relaciones de fuerza entre daneses y germanos.

La importancia de las conexiones marítimas y lacustres permite comprender cómo los asentamientos humanos en las regiones escandinavas (especialmente en Suecia y Noruega) se habían organizado en "islas", localizadas en áreas geográficas en las que el entorno natural presentaba condiciones más favorables, intercaladas por amplias zonas deshabitadas.

A partir de los siglos V-VI d.C., las más importantes de estas "islas" se encuentran en la zona que circunda las actuales Estocolmo y Upsala, en la costa del Báltico, y, un par de centenares de kilómetros hacia el interior, hasta el lago Vättern, al que están unidas las grandes islas Öland y Gotland en el Báltico; más al oeste, separada por el gran lago Vättern y las colinas de las Uplands, se extiende una estrecha faja de tierra a lo largo de la costa del Skagerrak y Kattegat, comprendida entre las actuales Oslo, al norte, y Goteborg al sur. Todavía más al oeste, las costas noruegas del mar del Norte acogen asentamientos, donde la geografía lo permite, entre las actuales Stavanger y Trodheim. El resto de la península Escandinava estaba casi deshabitado en esta época.

Dinamarca, por el contrario, estaba poblada de forma más o menos uniforme (cuando no densamente) por comunidades de agricultores y pescadores, y los daneses ocupaban también el extremo sur de la actual Suecia (la Escania) y la isla de Bornholm. Gracias a estas condiciones, en los siglos IV y V d.C. en Dinamarca comenzaron a aparecer asentamientos que, por sus dimensiones, pueden ya definirse como protourbanos, como Gudme, en la isla de Fyn.

Cuando, en el siglo V, jutos, anglos y erulos emigraron de Jutlandia hacia las tierras romanas de Britania y la Galia, los daneses se expandieron para ocupar toda la actual Dinamarca y, en apariencia, comenzaron a desarrollar un embrión de Estado monárquico. Gregorio de Tours, franco, y el *Beowulf*, poema épico anglosajón del siglo VIII, hablaron de un jefe danés, Hygelac,

Deslizándose sobre el Báltico

Por lo general, el mar y las vías de agua son los protagonistas de la historia de los pobladores de Escandinavia. Las costas noruegas, a pesar de extenderse bastante más allá del Círculo Polar Ártico, se ven libres de hielo durante todo el año gracias al influjo de la Corriente del Golfo, y por ello el clima –que puede ser durísimo en las montañas del interior– es excepcionalmente suave a lo largo de la costa. Los anchos y profundos fiordos que la salpican y el centenar de islas que la separan de mar abierto permiten desembarcos cómodos y seguros. A menudo, las montañas se elevan casi a pico sobre el mar, dejando poco espacio a la agricultura, lo que de siempre ha sido un fuerte impulso para los noruegos a volverse hacia el mar para buscar el sustento propio. Dinamarca, por el contrario, posee una gran cantidad de tierra de cultivo (aunque muchas estaban cubiertas por praderas salobres de escaso rendimiento) y por eso practicaron la agricultura desde hace seis mil años.

Pero lo que ha hecho de Dinamarca una tierra con fuerte tradición marinera ha sido que –en cierto sentido como Italia o Grecia en el Mediterráneo– es un importante punto de unión entre el mar del Norte y el Báltico, y el continente europeo y las tierras del septentrión escandinavo. La multitud de islas que se interponen entre Jutlandia y la costa sueca, y las vías de agua internas que permiten atravesar expeditamente Jutlandia al norte (Ljmfiord) y al sur (corredor de Hedeby), han facilitado la navegación costera. Suecia, aunque en invierno conozca la glaciación de los mares y lagos, paradójicamente no se vio perjudicada de manera especial. Al tratarse de aguas internas, encerradas entre costas próximas entre sí, los suecos han podido aprovechar los períodos de glaciación (nunca demasiado largos) para moverse sobre patines sobre la superficie del Báltico y de los lagos.

que en 582 lideró una razia por la actual Holanda, hasta que fue frenado por los francos en las fuentes del Rhin.

Pero hasta el año 725 no existen testimonios ciertos de la presencia de un jefe en Dinamarca que se proclamó rey de todo el pueblo danés. En aquel año, Willibrord, un anglosajón enviado por Carlos Martel, rey de los francos, a evangelizar los pueblos del Norte, visitó Jutlandia. "Allí –cuenta su biógrafo– reinaba Ongendus, un hombre más feroz que las fieras y más duro que las piedras que, sin embargo, por gracia de Dios, trató con honor al mensajero de la verdad", es decir, al mismo Willibrord.

Novedades en Dinamarca

Por los descubrimientos arqueológicos, se sabe que en ese período se estaban produciendo en Dinamarca muchos cambios importantes, que permiten creer que el feroz monarca del que habla el biógrafo de Willibrord mantuvo Jutlandia bajo su control. De hecho, hacia el año 700 fue fundada Ribe, en la costa del mar del Norte, un asentamiento con vocación comercial donde se acuñaba moneda que tenía valor en toda la orilla de este mar del Norte. Ribe está considerada la primera ciudad de Dinamarca. Entre 730 y 740, la isla de Samso, frente a la actual Aarhus, en Jutlandia central, fue partida por un canal. En el mismo período se erigió una muralla de siete metros de altura (el Danevirke) que dividía a lo ancho la península de Jutlandia y que llegaba un poco más al sur de la actual frontera entre Dinamarca y Alemania, evidentemente como defensa de una frontera que, también entonces, debía recorrer más o menos la misma zona.

En el extremo oriental del Danevirke surgió en esa época otra ciudad, Hedeby, protegida a su vez por una muralla y, como Ribe, destinada a controlar tráficos comerciales, pero en este caso en el lado báltico. Todas estas obras, que ha sido posible fechar con gran precisión gracias a la dendrocronología (datación por los restos de árboles), no sólo implican la capacidad de reunir grandes contingentes de población, sino también un control centralizado del territorio de Jutlandia. Todo ello permite afirmar que en víspera de las incursiones vikingas, hacia el año 800, Dinamarca era una tierra en auge político y económico.

Entre 830 y 850, la situación política de Dinamarca cambió. El último hijo de Godfred fue depuesto por una rebelión y, durante casi un siglo, el reino se desgarró en una serie de pequeños Estados que pueden considerarse los verdaderos protagonistas de las empresas vikingas. Una situación análoga tuvo lugar en Noruega, donde durante los siglos IX y X, varios jefes tribales se disputaron el territorio, con ventaja para los señores del Vestfold, la región de Oslo. Menos clara es la situación política de Suecia en esta misma época. Parece que dos linajes se dividían el territorio: los Götar, que ocupaban la zona alrededor del gran lago Vättern, y los Svear, asentados en el área que circundaba la actual Estocolmo y capaces de extender su autoridad hasta las islas de Oland y Gotland, en el Báltico. El señor de los Svear fue el más

Ataque vikingo a una ciudad sajona, que destaca el alto número de bajas civiles de estas razias, según un manuscrito del siglo XII (Nueva York, Pierpoint Library).

Desembarco de una flota de vikingos en las costas de Inglaterra, en el siglo IX, según un manuscrito de la época.

activo y protagonizó el gran impulso expansionista hacia Finlandia y Rusia. Hasta principios del siglo XI, sin embargo, no parece que estos grupos protosuecos lograran, ni siquiera de forma efímera, unidad política.

Por tanto, la actividad pirata de los escandinavos bajo semblanza de vikingos supuso la consolidación de grupos de guerreros y mercaderes que se desarrollaron a la sombra de las nacientes monarquías. Al mismo tiempo, como hemos visto, los guerreros y los mercaderes encontraron más fácil transformarse en saqueadores gracias a la crisis del Imperio franco a mediados del siglo IX.

Hasta el año 830, las incursiones solían ser contenidas. Carlomagno y Ludovico Pío edificaron una cadena de fuertes costeros a lo largo del litoral de Holanda y Flandes, pero aún faltan indicios arqueológicos sobre estas plazas, por lo que resulta difícil conocer la eficacia de ese plan de defensa. Sin embargo, entre 834 y 839 hubo una intensificación sin precedentes de los ataques vikingos, tanto sobre el continente como sobre las Islas Británicas.

Las bandas normandas atacaban sin piedad a Irlanda, mientras los piratas daneses saqueaban Inglaterra y Francia

Bandas noruegas, que se acercaban a través de las islas Shetland y las Hébridas, atacaron sin piedad Irlanda, golpeando mortalmente a las grandes y antiguas comunidades monásticas de la isla. Al mismo tiempo, grupos de daneses asaltaban tanto las costas inglesas como las francesas, asolando ciudades como Londres, Hamburgo, Quentovic (en Francia nororiental) y Dorestad (en las fuentes del Rhin), hasta entonces centros de actividad comercial, de los que los escandinavos eran socios relevantes.

París a hierro y fuego

A partir del año 840, las expediciones danesas se hicieron más destructivas, porque los asaltantes, tras saquear las costas, empezaron a penetrar hacia el interior remontando los ríos principales, como sucedió en primer lugar con el Rhin, el Loira y el Sena. Los anales del monasterio franco de San Bertín refieren que el invierno de 845 había sido "especialmente duro. En el mes de marzo, 120 naves de los hombres venidos del Norte han remontado el Sena hasta París, devastándolo todo. Carlos (el Calvo, rey de los francos occidentales) se dio cuenta de que sus hombres nunca podrían vencer y aceptó un pacto, entregando 7.000 libras de plata y persuadiéndoles de que se fueran". Este texto sugiere que, tras diez años de ininterrumpidos desastres, las víctimas de las incursiones vikingas comenzaron a desarrollar estrategias de respuesta o, al menos, de contención. La de Carlos el Calvo resultó ser la más eficaz en lo inmediato, pero también la más peligrosa, porque el pago de tributos acabó por convertirse en un reclamo para otros grupos de atacantes. De hecho, la práctica llegó a ser tan común que fue bautizada como *Danegeld,* es decir "dinero para los daneses".

Más provechosa fue la estrategia de Lotario, hermano de Carlos y emperador, quien, hacia 850, concedió en feudo territorios costeros holandeses a jefes vikingos, con el compromiso de que éstos atacaran otras presas. Para terminar, el rey de Wessex (la zona meridional de Inglaterra) infligió a los vikingos una severa derrota naval. Durante unos diez años, de 850 a 860, se logró alejarla presión escandinava de las costas franco-británicas. Pero, como las incursiones vikingas eran producto de distintos grupos, independientes o quizá incluso rivales entre sí, una oleada sucedía a otra y cuando, hacia el año 860, los vikingos reaparecieron, sus fuerzas parecían haberse multiplicado. ■

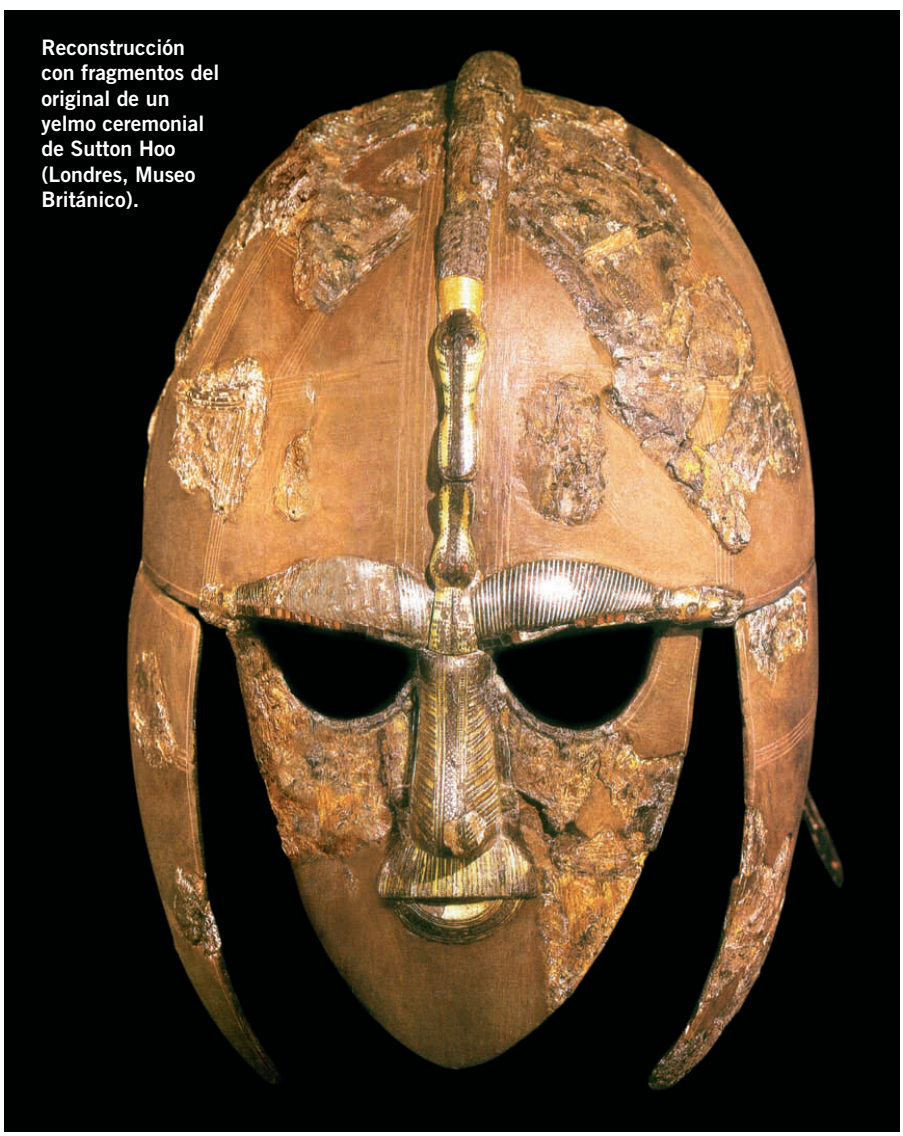
Ruta hacia Occidente

CONQUISTA

Las costas de Europa occidental asistieron a finales del siglo IX a una migración vikinga que no se detuvo en Gran Bretaña o Irlanda, pues incluso alcanzó el propio continente americano, tras establecer colonias en Islandia y Groenlandia, recuerda **Federico Marazzi**

En el año 865, comienza una fuerte oleada de incursiones vikingas en las costas del oeste de Europa. La ofensiva es diferente de la anterior, no sólo porque tiene como objetivo principal Inglaterra, que hasta ese momento había sido menos golpeada que a las costas del mar del Norte y de Irlanda, sino también porque esta vez se trata de verdaderas expediciones militares que no sólo persiguen el saqueo, sino la conquista. Algo había cambiado en Dinamarca en la generación posterior al inicio de las grandes incursiones. Hacia 850, la monarquía danesa se había fragmentado definitivamente en muchos señoríos, lo que multiplicó el número de aventureros dispuestos a lanzarse a operaciones arriesgadas en ultramar, que involucraron a muchas más embarcaciones (y, por tanto, guerreros) de las que componían las flotas del primer período. Así, si en los primeros años la media de cada grupo era de unos veinte o treinta navíos, en esta ocasión nos encontramos frente a flotas de más de cien embarcaciones que, a veces, alcanzaron o superaron las doscientas.

Una armada de dos a tres mil guerreros vikingos, liderada por Ivar y Halfdan, desembarcó, en 865, en la punta más oriental de Inglaterra. Los invasores encontraron a los anglosajones de Gran Bretaña políticamente divididos en al menos cuatro reinos –de norte a sur: Nortumbria, Mercia, Angia Oriental y Wessex– y sin capacidad de ofrecer resistencia mi-



Reconstrucción con fragmentos del original de un yelmo ceremonial de Sutton Hoo (Londres, Museo Británico).

La Estela de Smiss (Gotlan, siglo IX) representa un combate entre dos soldados en el plano superior y una nave vikinga, con la vela desplegada, en el inferior.

litar. El rey de Anglia Oriental –donde habían desembarcado los daneses– logró alejar a los invasores de su reino entregándoles caballos. Los vikingos se dirigieron al norte y, aprovechando la guerra civil, se adueñaron sin lucha de York, capital del reino de Nortumbria, que se convirtió a partir de entonces en el campamento base para las sucesivas incursiones que, en 869, llevaron a la conquista de Anglia Oriental, cuyo rey, san Edmundo, murió en combate.

Acompañados de una estela de destrucción y odio, los daneses recorrieron la isla durante diez años más, apoderándose finalmente de toda la mitad oriental de Inglaterra, que tomó el nombre de Danelaw. Su penetración por el sur se vio frenada por la resistencia del rey de Wessex, Alfredo, que consiguió mantener intacto su territorio, marcando el límite definitivo de la expansión escandinava en Inglaterra, a pesar de las posteriores tentativas vikingas de conquista del mediodía en los últimos años del siglo IX. York, rebautizada Jorvik, permaneció en manos de los invasores hasta el año 954, primero ininterrumpidamente bajo soberanos daneses (hasta 919) y después, de forma intermitente, bajo soberanos noruegos procedentes de Irlanda (919-944) y de Escandinavia (944-954).

Tráfico de esclavos

Irlanda constituye el teatro de un experimento muy especial en la historia de la expansión vikinga, danesa y noruega. Desde principios del siglo VIII, la isla era meta de incursiones que, a partir de 836, se convirtieron en sistemáticas y llevaron a la creación de campamentos base, que eran más que simples asentamientos estacionales. En 841, un grupo de noruegos fundó en la costa oriental el campamento de Dublín, que pronto adquirió el carácter de base permanente, tanto que, en 853, la comunidad estaba gobernada por un rey. Otros campamentos surgieron a lo largo de la costa en los años siguientes y, en la actualidad, además de Dublín, las principales ciudades irlandesas (Cork, Limerick, Waterford) presumen de orígenes vikingos, principalmente noruegos.

A pesar de la precariedad de sus posiciones en la costa, los vikingos no se lanzaron mucho hacia el interior, donde, sin embargo, penetraron repetidamente en varias etapas, a partir de 874 y entre 914 y 933. Una de las razones que explicaría este estado de cosas es que Dublín, como atestiguan los descubrimientos arqueológicos, nacida como puerto fortificado, era sobre todo un centro comercial, probablemente bastante activo en el tráfico de esclavos. La predominante vocación mercantil de Dublín podría haber relegado a un segundo plano el deseo de expansión territorial. Las bases vikingas irlandesas –sobre todo la de Dublín– cada vez estaban más involucradas en la vida política local, estableciendo de vez en cuando pactos o fomentando conflictos con los reinos en los que estaba dividida la isla.

En 1014, aliados con el rey de Leinster (Irlanda sudoriental), los vikingos de Dublín fueron derrotados por el rey de Munster (Irlanda sudoccidental) y su enclave, definitivamente eliminado. En adelante, Irlanda sólo conoció incursiones pasajeras de los vikingos, quienes, du-

VIKINGOS, LOS GUERREROS VENIDOS DEL HIELO

rante un tiempo, mantuvieron bases en Escocia y los archipiélagos que la rodean.

En los confines del Océano

La larga duración de la presencia escandinava en Escocia –que se prolongó hasta mediados del siglo XV– y la precocidad de su organización como presencia estable, se explican no sólo por el hecho de que esta tierra ha estado entre las primeras en ser visitadas por los grupos que inician su expansión marítima, sino también porque las áreas a las que viajaban los vikingos eran las menos acogedoras y pobladas de Europa, por lo que sus ataques encontraban menos resistencia. Las remotas islas Shetland y Orcadas, barridas por el viento, fueron elegidas como bases de asentamiento ya hacia 800, seguidas por las Hébridas, donde en 825 ya se habían establecido grupos escandinavos.

Desde estas bases, los vikingos se lanzaron hacia la Escocia meridional e Irlanda, cosechando víctimas ilustres a su paso, como el venerable monasterio de Iona, fundado en 563 por el monje irlandés Columba, que fue saqueado más de cinco veces entre 795 y 825. No se sabe mucho de la organización política de estos grupos en los primeros decenios de su existencia: seguramente estaban dirigidos por varios jefes de clan, como Ketil el Chato, que reinó en las Hébridas entre 840 y 880. Sin embargo, en el año 900, los vikingos ya estaban enraizados en esos parajes. En los inicios del siglo XI, las islas Orcadas eran el centro de un Estado marítimo noruego-danés que comprendía todas las islas y la costa oeste de Escocia, hasta la isla de Man, en el mar de Irlanda, y que lentamente fue anexionado al reino de Escocia entre los siglos XIII y XIV.

Nacimiento de Normandía

Quizá el hecho de que en las Islas Británicas hubiera más gente capaz de poner por escrito los acontecimientos vividos distorsione la percepción actual de los mismos, porque parece que la tierra más afectada por las incursiones vikingas fue la Francia septentrional. Los anales de Saint Vaast –abadía del noreste de Francia– reseñaron en 884, con resignado desánimo, que "los hombres del Norte continúan matando y encarcelando a los cristianos; sin cesar destruyen iglesias y casas y prenden fuego a toda la ciudad. Los caminos están sembrados de cuerpos de clérigos y laicos, de nobles y de gente corriente, de mujeres, niños y recién nacidos". Aun cuando la mano del narrador se dejó llevar por la exageración, todas las fuentes de la época hicieron mención de estos ataques de los vikingos, que crearon en ese período verdaderos cuerpos expedicionarios organizados para atacar y saquear sistemáticamente regiones enteras, o para obligar a las poblaciones locales a pagar onerosos rescates para librarse de su presencia.

En esta época, los ríos (Rhin, Escalda, Mosela, Some, Sena y Loira) fueron las "autopistas" por las que se llevó a cabo la penetración hacia el interior. Esa fue la razón de que los francos, para atajar las incursiones, fortificaran puentes y ciudades fluviales, como sucedió con París que, al mando del obispo Joscelin y el conde Otón, logró resistir durante un año (884-885) a los vikingos que, además de querer saquear la ciudad, trataban de penetrar aún más hacia el interior. En 889, de nuevo el conde Otón –que, como resultado de su resistencia, fue elegido rey de Francia– infligió a los vikingos una severa derrota que, sin embargo, abrió de par en par la puerta a una nueva fase en las relaciones entre Francia y Escandinavia. A partir de ese momento, comenzaron a establecerse grupos de guerreros en la zona costera de Francia, que en gran parte había sido abandonada por los francos.

Rollo, uno de los jefes vikingos esta-

EN EUROPA, LOS RÍOS RHIN, ESCALDA, SOME, MOSELA, SENA Y LOIRA FUERON LAS "AUTOPISTAS" POR LAS QUE PENETRARON LOS VIKINGOS

Nave vikinga atacada por un monstruo marino, en una miniatura del siglo XII. La imagen representa los terrores que suscitaban los larguísimos viajes por mar hacia lo desconocido.

blecidos en esta zona, negoció en 911 un acuerdo con el rey de Francia, que le reconocía como conde de la ciudad de Ruán. Nacía así Normandía –es decir, la tierra de los hombres del Norte o normandos–. En dos generaciones, los escandinavos se integraron, aceptando la lengua francesa y el catolicismo, pero manteniendo como característica peculiar de su identidad una gran habilidad guerrera que, en el siglo XI, les guió hacia otras importantes empresas, como la conquista de Inglaterra y del sur de Italia.

Una de las razones del descenso en la primera mitad del siglo X, tanto en Francia como en Inglaterra, de la presión de los vikingos se debe a la renovada capacidad de defensa local, que desvía la atención de los hombres del Norte a metas más lejanas. Pero hay otra causa que no debe minusvalorarse y que se deriva de los cambios que tienen lugar en Dinamarca y Noruega. En esta fase, se produjo una serie de luchas intestinas que hicieron surgir dinastías reales que lograron imponer su autoridad. Un proceso bastante fácil de reconstruir en Dinamarca.

Los reinos del Norte

Una vez consolidada la monarquía danesa, entre finales del siglo X y principios del XI volvió a dirigir su atención al mar, eligiendo Inglaterra como punto de mira y con objetivos más ambiciosos que en el pasado. El hijo de Harald, Sven Barbahendida, que reinó de 987 hasta 1014, organizó en 991 junto al rey de Noruega, Olaf Tryggvason, una gran expedición contra el rey de Mercia, Ethelred, que fue obligado a pagar un onerosísimo *Danegeld* (es decir, rescate) de 22.000 libras de plata. De nuevo Sven –esta vez solo– atacó Inglaterra en 1003 y en 1007, cuando el rey de Mercia se vio obligado a pagar por su rescate 36.000 libras de plata. Al final, en 1013 Sven, consciente de su superioridad militar, volvió y, como sus predecesores en el siglo IX, consiguió apoderarse de toda la isla al norte del Támesis y fue oficialmente reconocido rey de las ciudades inglesas, aunque por escasas semanas, pues murió al poco tiempo. El hijo de Sven, Canuto, amplió las conquistas del padre, apoderándose del resto de Inglaterra y haciéndose coronar rey en Noruega. En 1026, Canuto viajó a Roma, donde asistió a la coronación del emperador Corrado II; era el signo de que los pueblos escandinavos contaban en el concierto europeo. El reino de Canuto se disolvió tras su muerte en 1035, y, con él, el sueño de un gran Imperio nórdico.

En América antes que Colón

La extraordinaria aventura de los suecos discurrió, por su parte, sobre las desoladas llanuras rusas. Para entenderla, hay que descender hasta Mesopotamia, a la rica civilización que florecía bajo el Califato de Bagdad, que generaba una enorme demanda de bienes de consumo. Muchos de ellos –como pieles, maderas, trabajos en hueso y esclavos– eran escasos en las tierras más meridionales. Durante el siglo VIII, los mercaderes árabes habían remontado los ríos rusos hasta el lago Ladoga, donde los suecos también estaban presentes. Los árabes pagaban con monedas de oro y plata y ese flujo de dinero atrajo a los suecos hacia las fuentes de tanta riqueza.

Hacia 830, los rusos, es decir, los "remeros" –nombre que habían recibido de los suecos–, se habían plantado en las orillas del mar Negro frente a Constantinopla, la capital de la otra gran potencia de la época, el Imperio Bizantino. Las bases comerciales del Norte –Starja Ladoga, en Rusia, y Birla y Sigtuna, en Suecia–, que a su vez estaban en contacto con los centros daneses y noruegos del mar del Norte, en el siglo IX fueron literalmente inundadas

por monedas y tejidos preciosos árabes y bizantinos, además de objetos procedentes de China.

La expansión comercial suscitó la necesidad de garantizar la seguridad en las vías de comunicación y así, entre 860 y 880, grupos de suecos fundaron las bases de Novgorod, junto al río Lovat, y de Kiev, junto al Dnieper, que progresivamente se transformaron en capitales de gran parte de las llanuras rusas occidentales. Aunque los escandinavos continuasen, hasta bien entrado el siglo XI, emigrando hacia Rusia, se convirtieron en una minoría de guerreros y mercaderes en el ámbito de una mayoría eslava, cuya lengua y costumbres adoptaron poco a poco. Hacia mediados del siglo X, la metamorfosis estaba muy avanzada y la conversión al cristianismo del señor de Kiev, Svjatoslav, en 989, completó el proceso, ya que la Iglesia adoptó el eslavo como lengua propia. Como los vikingos del Oeste, los rusos alternaban y superponían la actividad comercial a la razia y la piratería, aunque estas dos últimas actividades prevalecían cuando la opción militar parecía menos favorable.

Así, a comienzos del siglo X, el príncipe Oleg de Kiev atacó dos veces Constantinopla (en 907 y 911), por lo que poco después le vemos estipulando un tratado comercial con el emperador.

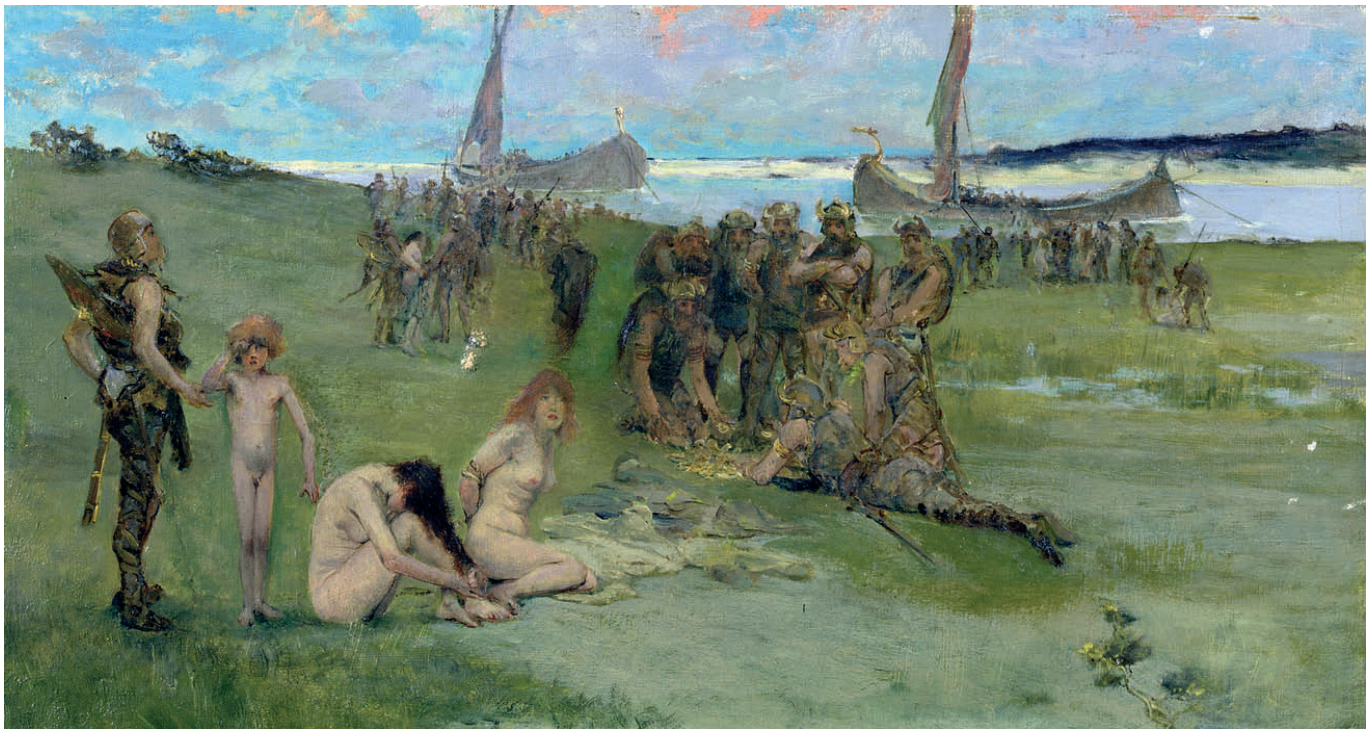
Un resultado indirecto de este rudo "choque de reconciliación" fue que, en el siglo X, la guardia personal de los emperadores bizantinos estaba compuesta por escandinavos, que las fuentes llaman Varengos o Variagos, palabra que puede derivar del noruego arcaico *vàrar*, que significa "el que ha prestado juramento". Durante el siglo X, los rusos de Kiev sa-

Detalle del armazón de la careta del *Oseberg*. La fiereza de los rasgos faciales del mascarón es un mensaje deliberado para amedrentar a los enemigos (Noruega).

La humedad no siempre estropea

Todas las tierras holladas por el paso de los vikingos conservan memoria de su presencia bajo la forma de interesantes yacimientos arqueológicos. La civilización vikinga, sin embargo, aunque gran productora y consumidora de manufacturas de todo tipo, casi nunca ha dejado tras de sí restos monumentales, a diferencia de las clásicas del Mediterráneo. Ello no depende tanto de la total ausencia de grandes edificios, sino más bien del hecho de que al estar casi todos construidos en madera, lo que hizo que tuvieron pocas posibilidades de conservarse sobre la tierra. Esto significa que las trazas de los edificios, que sobreviven sólo bajo el nivel del suelo, son en general más bien frágiles y delicadas y requieren una gran atención para ser correctamente catalogadas y estudiadas.

Sin embargo, está demostrado que la humedad del suelo en los países nórdicos permite condiciones de conservación de restos absolutamente fuera de lo común, como por ejemplo no sólo la madera, sino también el cuero, los tejidos y los metales que, aunque en estado de gran fragilidad, son recuperados con una frecuencia absolutamente impensable en nuestras latitudes. El resultado es que, gracias a la pericia de los arqueólogos escandinavos y británicos, poseemos hoy nociones bastante detalladas de la cultura material de los vikingos (y, por ende, de los aspectos de su vida cotidiana), además de la planimetría misma de las estructuras arquitectónicas.



Esclavos capturados por los vikingos tras una razia, en la interpretación de Edward Matthew Hale, en 1897 (Russell-Cotes Art Gallery & Museum).

quearon varias veces las costas del mar Caspio descendiendo por el Volga, tanto con el fin de golpear a persas y árabes de las costas meridionales, como de asestar duros golpes a los kazires, establecidos en las costas septentrionales del mar Negro y del mismo mar Caspio y, por tanto, directos competidores en el control de las rutas comerciales.

La historia de los vikingos del Este se acaba fundiendo con la de los eslavos en el destino común de lo que será Rusia, cuyas más antiguas metrópolis, ricas en monumentos civiles y religiosos de los más bellos del país, son las sedes de los principados fundados por los suecos: Novgorod y Kiev.

Ciudades sobre agua

Las grandes capitales nórdicas, Estocolmo y Copenhague, son creaciones tardías del período en el que, a finales de la Edad Media, las monarquías nacionales se consolidan y desarrollan cortes y burocracia de sello europeo, aunque también es cierto que en época vikinga las tierras escandinavas conocían el fenómeno urbano. Las funciones de estos centros no eran tanto ser residencia del poder, como aglomeraciones con vocación principalmente comercial. Éste es el motivo por el que las primeras ciudades (Ribe, Hedeby, Aarhus, Birla, Bergen) surgen siempre en la zona costera o junto a lagos conectados con el mar. Las excavaciones muestran que, generalmente, una vez elegido el emplazamiento, la zona era delimitada por un muro defensivo y subdividida en lotes de terreno rodeados por calles ortogonales, cuyo pavimento podían secar y reforzar con arena y troncos. En estos lotes, artesanos y mercaderes, podían desarrollar su actividad. Las estructuras eran muy sencillas, pero la producción bastante intensa, y en las áreas urbanas, la extensión era importante (Ribe, 500 x 300 metros; Hedeby, 700 x 800 metros).

Queda claro que el rey (cuando había uno) vigilaba estas ciudades y cuidaba de ellas, garantizando por ejemplo su seguridad militar externa y el pacífico desarrollo de las transacciones comerciales, pero también –o eso parece– acuñando moneda y haciéndola circular. No queda claro si enclaves como Ribe o Hedeby estuvieron, desde su fundación, habitados permanentemente o fueron simplemente centros de comercio activos algunos meses al año. Lo cierto es que el hecho de ser elegidos como las primeras sedes episcopales, en el siglo X, es prueba de que ya entonces debían ser centros bastante estables y bien asentados.

Pioneros por casualidad

La perspectiva del saqueo de tierras que imaginaban más ricas que las de los francos empujó a los aventureros Hafstein y Bjorn, en 859-860, a asaltar las costas de España, Marruecos y Provenza y a llegar hasta Toscana. Sin embargo, resulta más difícil de entender qué fue lo que motivó a los vikingos a buscar tierras al norte de las costas escocesas.

Parece que la información sobre la propia existencia de tierras, como la isla de Faer Oer e Islandia, se difundió a través de Irlanda, ya que algunos monjes irlandeses habrían llegado a ellas ya en el siglo VIII, en busca de retiro. También es posible que naves que zarpaban de Noruega y Dinamarca hacia Escocia fueran desviadas de su ruta por tormentas, llegando inesperadamente a esos lejanos territorios. Ése fue probablemente el caso de Islandia, alcanzada en 860 por un navío capitaneado por el sueco Gardar, el primero que menciona su existencia.

Aunque los primeros intentos de invernar en la isla acabaron en desastres, hacia 870, dos hermanos, Ingolf y Hiorlejf,

consiguieron establecer bases permanentes en la isla, que entonces "estaba cubierta de selvas entre las montañas y la orilla del mar", como cita una crónica islandesa del siglo XII. Nuevos colonos llegaron en oleadas sucesivas, sobre todo de Noruega y, en 930, los isleños se organizaron políticamente en una suerte de oligarquía parlamentaria, el Althing, en la que participaban los jefes de varios núcleos de colonos. Alrededor del año 1000, la Asamblea del Althing adoptó el cristianismo, lo que contribuyó a la difusión de la escritura. Gracias a ello, entre los siglos XII y XIII, se pusieron por escrito las principales sagas y leyendas ligadas a los tiempos heroicos de la primera colonización, lo que convierte a Islandia en un fabuloso archivo de la memoria histórica de los vikingos.

La tierra más verde

A finales del siglo X, no se sabe si por casualidad o debido a una exploración programada, los islandeses hicieron los primeros avistamientos de Groenlandia. Los desembarcos de 978 sobre la gélida costa oriental no fueron demasiado felices y no fue hasta el año 985 cuando una expedición, guiada por Eric el Rojo, consiguió doblar el cabo de Fardel y adentrarse a lo largo de la más protegida costa occidental, que debió parecerle lo suficientemente hospitalaria como para bautizar el lugar como "Groenlandia", tierra verde. En aquel tiempo, el clima debía ser más suave que hoy: la agricultura y la ganadería eran posibles en tramos de costa relativamente amplios. En el siglo XII, los dos núcleos de asentamiento a lo largo de la costa occidental comprendían unas 190 fincas, doce iglesias parroquiales, una catedral y dos monasterios.

El verdadero motivo para habitar aquellas tierras residía en el hecho de que proporcionaban marfil y pieles producto de la caza del oso blanco y la morsa. Fue la ampliación de los territorios de caza lo que condujo finalmente a los vikingos, en torno al año 1000, a alcanzar el continente americano, principalmente la tierra de Baffin y el Labrador, pero también territorios más meridionales como la isla de Terranova, el estuario del San Lorenzo y quizá las costas de Maine.

En Terranova se fundó un asentamiento que pudo albergar un grupo de noventa personas por un breve lapso, entre el 1000 y el 1020. Si la presencia sobre suelo americano fue más bien efímera, los asentamientos en Groenlandia resistieron hasta muy avanzado el siglo XIV y el más meridional hasta finales del XV, pero en condiciones climáticas cada vez más duras y bajo la creciente presión de los esquimales. En 1540, una nave danesa alcanzó la zona del asentamiento meridional, pero sólo encontró fincas abandonadas y, en una de ellas, un único cuerpo insepulto.

Copa franca de plata, datable en torno al año 800, encontrada en Lolland, en el sur de Dinamarca, que prueba el tipo de objetos que los vikingos codiciaban de la Europa meridional.

Else Roesdhal –una de las más notables especialistas del mundo vikingo– sostienen que si hubiera que elegir una fecha para señalar el fin de la era vikinga, debería ser 1066: un año fatal, en el que los escandinavos se disputan por última vez los despojos de Inglaterra. Harald Haldrada, rey de Noruega, desembarcó en la isla con un gran ejército soñando con resucitar el imperio de Canuto. Harald era un personaje legendario –yerno del príncipe de Kiev y cuñado de los reyes de Francia y Hungría– que había luchado en el ejército bizantino como guardia de corps del emperador y había regresado en 1045, llevando consigo enormes riquezas. Se encontró con Harold Godwinsson, rey de Inglaterra, por cuyas venas corría sangre danesa, que derrotó a los invasores en la batalla de Stamford Bridge. Pero pocos meses después fue, a su vez, vencido en Hastings por los normandos de Guillermo el Conquistador, descendiente de Rollo, el danés, que se había asentado con los suyos, ciento cincuenta años antes, en el norte de Francia.

A partir de entonces, comienza la verdadera Edad Media en Escandinavia: una historia de reyes y Estados nacientes que, tras cesar el flujo de oro y plata árabes y las presas inglesas y francesas, comenzaron a disfrutar de forma más organizada su propio territorio y a poblarlo de castillos y ciudades. La fundación de Copenhague, en 1160, orientó definitivamente a Dinamarca hacia un papel de potencia hegemónica sobre los estrechos que unen el Báltico con el mar del Norte.

Antes de morir en batalla, se dice que Harald Haldrada, el último gran caudillo vikingo, recitó un poema en el que se ensalzaban los valores del guerrero: "No te protejas en la batalla al resguardo de los escudos, cuando las armas van a chocar: esto me ha ordenado la diosa fiel de la tierra del halcón. Y la que se adorna con collares me dijo, hace ya tiempo, que mantuviese alto en el fragor de la batalla lo que el yelmo contiene (la cabeza), cuando el hielo de la valkiria (la espada) va al encuentro de la cabeza de los hombres". Estas palabras parecen contener un canto de adiós a toda una época. ■

La invasión de AL-ÁNDALUS

En el año 844, los sevillanos vieron aterrados cómo las naves vikingas remontaban el Guadalquivir y se entregaban a la rapiña a sangre y fuego, tras haber hecho lo mismo en Lisboa, semanas antes. **Juan Martos Quesada** evalúa el impacto de la tragedia para los habitantes de al-Ándalus

Aquella mañana de primeros de octubre del año 844, los sevillanos vieron aterrados cómo se atisbaban, remontando el río Guadalquivir, las negras velas de los barcos de los piratas normandos. El estupor, el miedo y la confusión crecieron aún más cuando corrió la noticia de que el gobernador de la ciudad y gran parte de los altos personajes encargados de regir la vida de la misma habían huido a Carmona al conocer la noticia.

Desconcertados y con escasa organización, los habitantes de Sevilla intentaron una tímida defensa, pero de nada sirvió ante el imparable empuje guerrero de los vikingos. El saqueo de la ciudad duró siete días, durante los cuales, los piratas mataron, robaron, violaron y destruyeron a placer, sin que nada ni nadie se les opusiera.

Fue tal el impacto de la tragedia, que las crónicas históricas posteriores, como la de Ibn Hayyan o al-Razi, recogen, con palabras sobrecogedoras, la viva impresión que en toda la España musulmana produjo este hecho, cuyo eco perduraría en la memoria colectiva durante mucho tiempo.

Pero ¿quiénes eran estos hombres del Norte tan temidos en toda la costa atlántica, tanto en las ciudades cristianas como en las musulmanas? Estos piratas vikingos o normados eran conocidos por los historiadores árabes como *al-Urdumaniyyun*, es decir, los normandos, aunque es mucho más frecuente encontrarlos citados como *machus*, es decir, "idólatras", "los que adoran el fuego".

En realidad, su presencia en el territorio peninsular es bastante anterior a su gran incursión del año 844 y existen noticias de ellos desde el siglo VIII. En un primer momento, como afirma C. Verlinden, fueron traficantes de esclavos, mercancía obtenida de sus ataques a los monasterios ingleses e irlandeses en el último tercio del siglo VIII. Estas razias se hicieron más frecuentes y temibles a mediados del siglo IX, en el que incorporaron, además de los esclavos, el pillaje de la plata y el oro. Como era habitual en la práctica corsaria, los prisioneros ricos eran susceptibles de ser liberados por una fuerte suma de dinero, mientras que los más desafortunados económicamente eran vendidos como esclavos, tanto en África como en Oriente e incluso, como afirma el historiador Ibn Hawqal, al ejército califal omeya de al-Ándalus.

Espías eslavos

A esta actividad se une, en los tiempos de emirato omeya andalusí (siglos VIII-IX), la del espionaje, como recoge Jesús Riosalido. Sabemos, por ejemplo, de la existencia de un personaje llamado Muhammad al-Saqalabi (el Eslavo), que resultó ser un espía enviado por Carlomagno para ayudar a los elementos andalusíes que luchaban contra el centralismo de los emires omeyas. Fruto de sus gestiones fue la revuelta y sublevación de Sulayman Ibn al-'Arabi, gobernador de Zaragoza, contra 'Abd al-Rahman II. Este es-

Juan Martos Quesada, profesor titular, Dept. de Estudios Árabes e Islámicos, UCM

lavo, este hombre del Norte, llegó a convencer a Sulayman y a Ibn Tawr, regidor de Huesca, para levantarse contra Córdoba, a la vez que les pedía que acompañaran a Carlomagno hasta las puertas de Zaragoza, en la campaña del emperador franco contra las fuerzas andalusíes, campaña que, como se sabe, acabó en un desastre guerrero para los francos en el desfiladero de Roncesvalles.

Ni siquiera los príncipes de los reinos cristianos del norte de la Península se libraron de esta actividad de espionaje normanda: el rapto de García Íñiguez, rey de Pamplona e hijo de Íñigo Arista, fue planeado y ejecutado por los espías vikingos desde su base de Burdeos, en la Aquitania, acabando este suceso, como informa Menéndez Pidal, con un cuantioso rescate de setenta mil monedas de oro, en el año 859, tras un penoso cautiverio.

Y, por último, la tercera actividad por la que fueron conocidos y temidos los normandos en al-Ándalus y en toda la costa atlántica fue por la piratería. A comienzos del siglo IX, los corsarios vikingos ya habían atacado la mayor parte de las poblaciones costeras europeas, penetrando por el Loira y el Garona y llegando incluso a Gijón y La Coruña en 842.

Tras los ataques citados, al año siguiente, el 23 de junio, estos piratas lo-

Yelmo ceremonial de hierro de procedencia sueca, del siglo IX (Oslo, Museo de las Naves Vikingas).

Representación de un *drakkar* normando en el *Tapiz de Bayeux,* similar a las naves vikingas de los siglos IX y X.

Jinete de tradición vikinga, similar a los que sembraron el pánico en al-Ándalus, representado en un tapiz del siglo XIII que se conserva en la iglesia de Baldishol, en Noruega.

graron tomar la ciudad de Nantes y, desde el estuario del río Loira, se las apañaron para arribar hasta Tolosa remontando el río Garona. Algunas de las flotillas normandas decidieron actuar y ampliar su actividad un poco más al sur, volviendo a repetirse ataques a las ciudades hispanas costeras cristianas de la región de Galicia, tal y como había ocurrido anteriormente. En estas razias, los vikingos llegaron a atacar unas diecisiete ciudades, algunas de la importancia de Betanzos.

Restablecida la defensa de sus costas, por parte de los reinos cristianos, los piratas decidieron seguir bajando por la costa atlántica hasta las ciudades de Lisboa y Cádiz. En agosto del año 844, se produjo el importante ataque a la primera de ellas, en aquellos tiempos perteneciente al territorio andalusí del emirato omeya. El miércoles 20 de agosto de 844, más de una cincuentena de barcos piratas, apoyados por un número similar de otras embarcaciones más pequeñas, hicieron su aparición en el estuario del río Tajo. Los normandos desembarcaron y atacaron la ciudad, cuyos habitantes musulmanes ofrecieron una inesperada resistencia y lograron rechazar el ataque de los hombres del Norte, tras una serie de sangrientas refriegas que duraron trece días.

A finales de agosto, los atacantes optaron por dejar Lisboa y buscar ciudades costeras de más fácil acceso, por lo que volvieron a reembarcar y se hicieron a la mar en dirección sur, hacia la costa gaditana. Mientras tanto, el gobernador de Lisboa, Whab Allah ibn Hazm, mandó aviso y noticias del ataque al emir 'Abd al-Rahman II que, alertado, envió instrucciones a los diversos gobernadores, a los distintos walíes de las provincias marítimas y costeras, en particular de la zona atlántica, a fin de que estuvieran sobre aviso.

Los piratas normandos, despechados y derrotados, buscaron un nuevo río que remontar, llegando así al litoral de la provincia de Sidona (Medina Sidonia), donde hicieron una penetración bastante profunda hacia el interior y ocuparon el puerto de Cádiz.

No obstante, la mayoría de la flota pirata optó por llegar a la desembocadura del Guadalquivir y remontar el río, en dirección a la importante ciudad de Sevilla, donde el movimiento de las mareas es todavía perceptible. Como se puede apreciar sobre cualquier mapa, entre la ciudad y el mar, el Guadalquivir cruza una región pantanosa donde el curso del río se divide, durante unos quince kilómetros, en dos brazos que, antes de volver a confluir, llegan a formar una isla, llamada antiguamente Captel (Cabtil) y conocida hoy como Isla Menor. Desde este punto los piratas iniciaron su ataque a la ciudad de Sevilla.

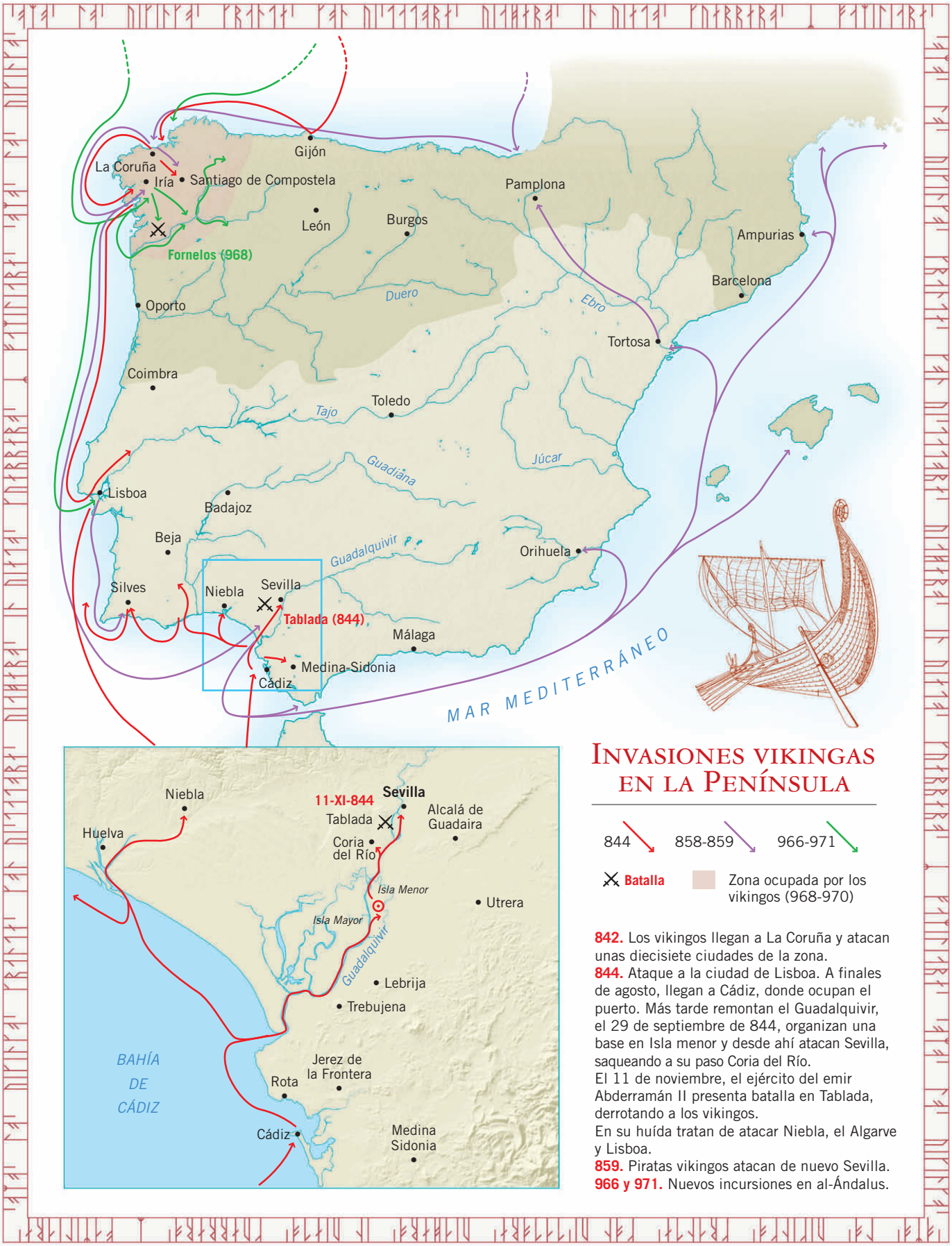
El ataque normando a Sevilla

Esa isla fluvial, donde los vikingos hicieron su primera parada, era famosa y conocida en época musulmana por sus frescos y frondosos pastos, que permitieron una espléndida actividad de cría de caballos, siendo un lugar privilegiado para la instalación de yeguadas.

A Captel, a la actual Isla Menor, llegaron los normandos el 29 de septiembre del año 844 (12 de muharram de 230) con unos ochenta barcos. A la mañana siguiente, cuatro naves hicieron un pe-

Una vela bajo el cielo

Es difícil decidir si fue el deseo de conquista de los jefes vikingos lo que estimuló la fabricación de navíos o si, por el contrario, una técnica de construcción mejorada abrió el camino a las exploraciones y expediciones militares. Lo que es cierto es que las naves que se usaban en la época vikinga eran versiones mejoradas y potenciadas de los cascos de larga tradición. Su característica principal era un perfil ensanchado y una quilla poco profunda pero amplia y redondeada, que permitía disponer de una gran superficie de carga, y al mismo tiempo asegurar la posibilidad de navegar ya fuese en las aguas poco profundas de los ríos, como en mar abierto. Gracias a una serie de destacados descubrimientos –el primero el de Skudelev cerca de Rosskilde, en Dinamarca– ha sido posible no sólo estudiar con detalle las técnicas de construcción, sino también conocer los diferentes tipos de casco desarrollados a partir de las mencionadas características generales, desde los pequeños barcos de pesca, a los grandes navíos de carga oceánicos (16 x 4,5 metros) y las largas embarcaciones para transporte de tropas (28 x 4,5 metros). El velamen, utilizado sobre todo por las naves mercantiles con equipamiento más reducido, lo constituía una gran vela colocada en un mástil erigido en el centro de la nave. Resulta sorprendente considerar que embarcaciones pensadas para surcar los mares fríos y ventosos nunca fueron dotadas de zonas cubiertas donde pudiesen acogerse los marineros para pernoctar o en caso de borrascas.

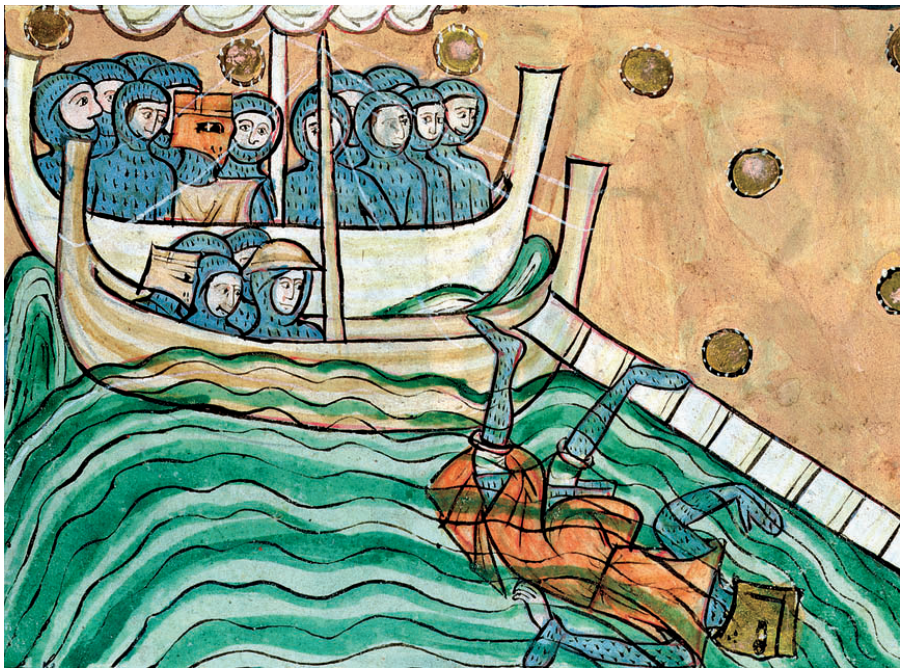


Invasiones vikingas en la Península

844 ↘ 858-859 ↘ 966-971 ↘

⚔ **Batalla** — Zona ocupada por los vikingos (968-970)

842. Los vikingos llegan a La Coruña y atacan unas diecisiete ciudades de la zona.
844. Ataque a la ciudad de Lisboa. A finales de agosto, llegan a Cádiz, donde ocupan el puerto. Más tarde remontan el Guadalquivir, el 29 de septiembre de 844, organizan una base en Isla menor y desde ahí atacan Sevilla, saqueando a su paso Coria del Río.
El 11 de noviembre, el ejército del emir Abderramán II presenta batalla en Tablada, derrotando a los vikingos.
En su huída tratan de atacar Niebla, el Algarve y Lisboa.
859. Piratas vikingos atacan de nuevo Sevilla.
966 y 971. Nuevos incursiones en al-Ándalus.



Un vikingo ahogándose en la batalla de Svold, año 1000, en una crónica anglosajona del siglo XIII que muestra el armamento con que combatían los vikingos (col. particular).

queño reconocimiento unas cuatro millas más arriba, remontando el Guadalquivir, hasta llegar al pueblo de Coria del Río, donde desembarcaron y los *machus* saquearon esta pequeña aldea y asesinaron a toda la población.

Tres días más tarde, los normandos, animados por la facilidad de sus desembarcos en Captel y Coria del Río, decidieron no esperar más y dirigirse directamente a Sevilla. Para cuando los habitantes de la ciudad avistaron los barcos, el gobernador de la misma ya había huido a Carmona, lo que impidió una defensa más o menos organizada, como había ocurrido en Lisboa, que hubiera podido contener la furia y el ímpetu normando. A ello hay que añadir que, por aquellos tiempos, la ciudad de Sevilla no tenía ningún perímetro de defensa, ninguna muralla de protección. No obstante, aunque faltos de organización, algunos barcos sevillanos salieron al paso de la flota vikinga, aunque con escaso éxito, pues fueron recibidos con flechas e incendiados.

Siete días de matanza

Prácticamente sin oposición, los piratas desembarcaron en la ciudad, que en aquellos momentos estaba siendo evacuada a toda prisa por la mayoría de la población, aunque, según las crónicas, muchos de sus habitantes no pudieron o no quisieron abandonar sus casas ni la ciudad. Durante siete terroríficos días, los normados incendiaron las casas y mataron y asesinaron a casi todos los que se habían quedado, incluidos los ancianos y los inválidos, a la vez que hacían cautivos a las mujeres y a sus hijos.

Pasados estos trágicos siete días, los piratas se dirigieron nuevamente a Captel, en donde depositaron su preciado botín y volvieron de nuevo a Sevilla, con intención de ultimar el saqueo y el pillaje.

La batalla en que las tropas de Abd al-Rahmán II derrotaron a los vikingos se produjo en Tablada, en noviembre de 844

Pero en esta ocasión, los vikingos encontraron una ciudad totalmente desierta, pues todos los habitantes que no habían sido asesinados o hechos presos habían huido; solamente encontraron a un grupo de venerables ancianos, recluidos en una mezquita, a los que mataron uno a uno, tomando esta mezquita desde entonces el nombre de Masyid al-Shuhada' (Mezquita de los Mártires).

En vista de la nueva situación y envalentonados por la fácil victoria de la toma de Sevilla, los *machus* decidieron aprovechar las reatas de caballos y yeguas existentes en Captel y marchar en tropel de jinetes hacia el norte y el oeste de Sevilla, pues pronto se dieron cuenta, que era prácticamente imposible poder seguir remontando el río Guadalquivir hasta Córdoba como, al parecer, era su primera intención.

Las noticias que pronto llegaron a Córdoba y los relatos de los escasos supervivientes impresionaron vivamente a toda la población andalusí, que no dudó en ponerse a disposición del emir Abd al-Rahman II. El emir dio una orden general de movilización a todos sus ejércitos e incluso solicitó ayuda, o, al menos una tregua, a sus enemigos, como el gobernador aragonés Musa b. Qasi, que acudió con sus tropas a frenar el avance normando.

Un eunuco lidera la resistencia

Su primera reacción fue enviar de inmediato un cuerpo ligero de caballería a las órdenes de sus mejores generales, tales como Abd Allah b. Kulayb, Abd al-Wahid al-Iskandari y Muhammad b. Rustum, y ordenar al eunuco Nasr, que gozaba de su total confianza, organizar las fuerzas que, de todas partes de al-Ándalus, llegaban a Córdoba.

Este primer ejército emiral tomó posiciones a primeros de noviembre en las alturas del Aljarafe (al-Sharaf), un excelente punto estratégico, pues dominaba el sudoeste de la ciudad hispalense; pronto se le unió una columna de infantería y, el 11 de noviembre del año 844 (25 de safar de 230), decidieron dar batalla a los piratas.

La confrontación entre el ejército del emir Abd al-Rahman II y las huestes vikingas se produjo en el lugar de Tablada, un poco al sur de Sevilla, una amplia y extensa llanura, actualmente transformada en un aeródromo, que se proyecta hacia el este de la confluencia entre los ríos Guadiaro y Guadalquivir. Los *machus* decidieron una estrategia de confrontación total y bajaron en masa de sus bajeles para enfrentarse al ejército andalusí, pero, rápidamente, las disciplinadas tropas omeyas tomaron la iniciativa y el control de la batalla, reduciendo a los vikingos, matando a lo largo de la misma a más de mil enemigos y ejecutando a otros cuatrocientos prisioneros a la vista de los piratas que huían a toda prisa a sus barcos en dirección sur; casi la mitad de la flota normada fue incendiada y Sevilla volvió a ser

ocupada por las fuerzas del emirato cordobés. Cuentan las crónicas que, en las carnicerías de los zocos de la ciudad, fueron expuestos los sangrientos despojos de los piratas como trofeos, en señal de victoria, y que de las ramas de las palmeras de Tablada fueron colgadas muchas cabezas de los temidos normandos. Así pues, cuarenta y dos días después de la aparición normanda en Sevilla, la derrota de los hombres del Norte fue proclamada por todo al-Ándalus, siendo comunicada por Abd al-Rahman II incluso a los emires beréberes de Marruecos y al emir jariyí de Tahart, Aflah b. Rustum.

Fracaso en Niebla

En cuanto a los supervivientes piratas que lograron huir, una parte de ellos se dirigió con sus bajeles hacia el Atlántico, intentando desembarcar de nuevo en las costas de Niebla (Huelva), en el Algarve y en Lisboa, sin conseguirlo, aunque, al año siguiente, asolaron con éxito las ciudades francesas de Burdeos y Saintonge y alguna nave aislada, que había optado por dirigirse más al sur, había atacado la ciudad de Arcila, en Marruecos.

No obstante, un nutrido grupo de piratas, en su precipitada retirada, quedó aislado y sin embarcaciones en tierras sevillanas, dispersándose por el este y el sureste de Sevilla, por las tierras de Carmona y Morón, en donde el general Muhammad b. Rustum logró su rendición. Cuenta la leyenda que estos normandos prisioneros se hicieron musulmanes y se instalaron en el valle del Bajo Guadalquivir, en donde se dedicaron a la cría de caballos y, en especial, a la industria lechera, labor en la que alcanzaron una rápida fama por la elaboración de sus reputados quesos, de los cuales nutrían tanto a Sevilla como a Córdoba.

Roger Collins indica que, después de este fatídico año de 844, los piratas normandos volvieron a invadir al-Ándalus al menos en cuatro ocasiones, durante los años 859, 966 y 971. En la primera de ellas, los piratas nuevamente atacaron Sevilla, consiguiendo incendiar la mezquita mayor de Ibn Addadas (la actual iglesia de San Salvador), aunque este ataque no tuvo parangón con el de 844; posteriormente, sabemos que atacaron varias localidades del Norte de África y del Levante.

Yelmo previkingo de hierro con una elaborada decoración, procedente de la tumba de un jefe en Valsgärde, Suecia.

Los reinos cristianos del norte de la Península tampoco se libraron de las andanzas de los piratas normandos que, aprovechando la debilidad ocasionada por las muertes sucesivas de Sancho el Craso de León, el Conde Mirón de Barcelona, García Sánchez I de Navarra y Fernán González de Castilla, lograron penetrar por las costas gallegas, en donde llegan a destruir Tuy, y por las cuencas de los ríos Miño y Duero.

Consecuencias de la invasión

La invasión normanda al-Ándalus fue un hecho histórico no exento de consecuencias posteriores. En primer lugar, elevó a mitos populares a los generales Ibn Rustum y Nasr que, a partir de este momento, fueron considerados como salvadores de la patria, logrando alcanzar una gran influencia en las decisiones del soberano omeya hasta el final de su reinado. En segundo lugar, se hizo realidad la vieja reivindicación de la población de Sevilla de rodear la ciudad con una muralla defensiva que impidiera nuevos ataques de piratas y berberiscos, muralla que llegó a extenderse incluso a lo largo de la orilla del río. En tercer lugar, convenció a los emires omeyas de la necesidad de construir, a lo largo de toda la costa atlántica, mediterránea y levantina, puestos de centinela, pequeñas fortalezas o *ribat*, defendidos por voluntarios musulmanes que se ofrecían por turnos para ejercer la vigilancia desde estas torres en una mezcla de afán de retiro espiritual y adiestramiento militar.

Flota omeya

En cuarto lugar, el gobierno omeya inició una ardua labor de construcción de una gran flota guerrera y de naves de otro tipo, es decir, comenzó a interesarse por las cuestiones marítimas, hasta ahora un tanto marginadas de las prioridades políticas y estratégicas andalusíes; sabemos de la edificación y creación de astilleros y atarazanas y que el emir Muhammad I (852-866) construyó una importante flota, sólo superada por la que el califa Abd al-Rahman III, en el año 956, construyó en Tortosa; sin duda, todas estas medidas surtieron su efecto para paliar y rechazar con éxito las posteriores razias de los vikingos de los años 859, 966 y 971.

En quinto lugar, como ha estudiado Mariano G. Campo, estas confrontaciones guerreras generaron una labor diplomática por parte del gobierno omeya hacia los reinos del Norte, como lo demuestra la embajada hispano-musulmana de al-Gazal a los vikingos, con el fin de estabilizar unas relaciones pacíficas y detener las razias piratas. Por último, sin duda, la consecuencia de mayor calado político fue que la derrota de los normandos supuso para Abd al-Rahman II y para la política centralista de los gobernadores omeyas en al-Ándalus, una importante victoria moral que allanó el camino para frenar los intentos de autonomía y de rebelión de los diversos gobernadores de las provincias, a la vez que el control gubernativo de Córdoba se imponía por toda la España musulmana. ■

Muerte de una ESCLAVA

Un viajero árabe del siglo X dejó un llamativo relato sobre la vida cotidiana de los vikingos y sus costumbres funerarias. **Eleonora Fontana** aporta sus impresiones y sus observaciones sobre los macabros y violentos ritos que se efectuaban tras la muerte de un gran jefe

No abundan las fuentes escritas a las que acceder no sólo para conocer vicisitudes político sociales, sino también usos y costumbres de los pueblos vikingos en los albores de su historia. Los escritos rúnicos en general se muestran lacónicos: algunos nombres, algunos acontecimientos esporádicos. Las crónicas existentes son, generalmente, de los pueblos que sufrieron las razias vikingas, o de los que los hallaron en su camino. Como, por ejemplo, el árabe Ibn Fadlan quien, en el siglo X, tuvo ocasión de tropezarse, en la región del Alto Volga, con aquellos grupos de hombres del Norte que, provenientes de Suecia, se habían establecido en aquella zona para más tarde jugar un papel en la formación del Estado ruso.

Estela de Suecia, que representa al dios Odín a caballo y a un barco vikingo, con sus guerreros a bordo.

Un musulmán entre vikingos

De Ibn Fadlan –Ahmad ibn Fadlan ibn al-Abbas ibn Rashid ibn Hammad era su nombre completo– se sabe que en 920 había sido llamado a formar parte de una delegación enviada por el Califato de Bagdad al rey de los búlgaros, en la región del Alto Volga. Al parecer, el rey tuvo problemas con algunos pueblos limítrofes, por lo que le habría pedido al califa al-Muqtadir ayuda financiera para construir fortificaciones hacia el sur. Ésta fue, probablemente, la causa del envío de la delegación. Recorrer el camino que llevaba desde Bagdad al reino de Bulgaria no constituía un viaje de placer en aquellos tiempos. De las dificultades que encontraron y de los peligros que corrieron da testimonio el informe oficial que Ibn Fadlan redactó y envió al califa a su vuelta. El título de la obra –cuyo manuscrito original fue hallado en 1923– es *Risala* (descripción de viaje); y, prescindiendo de las comunicaciones oficiales, está llena de frescas anotaciones que recuerdan un poco a las de Marco Polo. Antes de encontrarse con los vikingos, que los eslavos denominaban "rusos", los hombres de la delegación –al parecer, 5.000 con 3.000 caballos– habían corrido peligros varios de los que habían extraído toda clase de experiencias. Como cuando tuvieron que atravesar el territorio de los oguzi, que primero habían concedido el permiso de tránsito, para arrepentirse después y entretener a los árabes discutiendo qué hacer. Los prisioneros habían oído a algunos jefes expresar la opinión de "dividir a los árabes en dos y apoderarse de sus haberes"; otros, "tomar los haberes y dejar que los árabes tornasen desnudos al lugar de donde provenían". Los que razonaban con más templanza se limitaban a desear mantenerles prisioneros. Cuando ya los viajeros veían aproximarse un fin miserable, los oguzi cambiaron de improviso de parecer y les dieron permiso para continuar el viaje. También los oguzi –pero se trata de tribus más hospitalarias– son protagonistas de un sabroso episodio acaecido al autor y a algunos compañeros

Eleonora Fontana es especialista en Historia Medieval.

Representación del rito de incendiar un barco con el cadáver de un rey vikingo, una esclava y animales sacrificados en ofrenda a los dioses.

Embarque de Harold y los normandos, en una escena del *Tapiz de Bayeux*.

invitados, en una de las muchas paradas del viaje, por una familia del lugar. Mientras el grupo estaba hablando con el dueño de la casa, su mujer descubrió con desenvoltura un seno para rascarse. Los árabes se cubrieron el rostro exclamando: "¡Que Alá nos perdone!". Pero su huésped lanzó una carcajada comunicando al intérprete: "Diles que les enseñamos un pecho para que puedan verlo y mantenerse alejados, dado que no existe lugar al que puedan dirigirse".

Los árabes llevaban cerca de un año viajando cuando tuvo lugar el encuentro con los vikingos, es decir, con aquellas gentes que habían partido de la península Escandinava y habían alcanzado la zona del Alto Volga para establecerse y comerciar allí. El interés de un observador atento como Ibn Fadlan pronto fue atraído por aquellos hombres llegados de Occidente, y no tardó en buscar un intérprete para comunicarse con ellos.

Hermosos, armados y tatuados

En *Risala* escribiría más tarde: "Nunca he visto personas con un cuerpo tan perfecto, son como palmeras (evidentemente, altos y derechos) y rosados (de piel). No llevan quartac ni caftán, sino que los hombres llevan un vestido que les cubre medio cuerpo". Y describe así sus armas y adornos: "Cada uno lleva un hacha, una espada o un cuchillo. Las espadas son de hoja ancha y las empuñaduras tienen adornos francos". Y sigue escribiendo: "Cada individuo lleva, desde la raíz de las uñas hasta el cuello, árboles verdes, imágenes y otras cosas". Evidentemente, debía tratarse de tatuajes, el gusto por los cuales, añadimos nosotros, han conservado los descendientes de los vikingos. Por lo que respecta a las mujeres, el escritor observa: "Cada una lleva sobre el pecho una cajita de plata, plomo o hierro, según lo rico que sea su marido. Cada caja tiene un anillo al que va unido un cuchillo que también reposa sobre el pecho. Llevan collares de oro y plata alrededor del cuello, porque cada hombre que posee 10.000 dirham hace forjar un collar para su mujer; cuando tiene 20.000, dos, y etc., por lo que se ven algunas mujeres con muchos collares". Por supuesto, estas vikingas del Volga se sentían orgullosas de lucir su propia riqueza y estatus social, pero también llevaban listo el cuchillo para cualquier indeseable que se les acercase.

Si la primera impresión causada por los rusos en el autor fue la de su belleza, muy distinto efecto le provocarían sus costumbres en lo tocante a higiene personal.

Las más sucias criaturas de Alá

Dice Ibn Fadlan sin perífrasis: "Son las criaturas más sucias de Alá. No se lavan ni tras sus necesidades corporales, ni después de

Fauces sedientas de sangre

Las fuentes describen a los vikingos como guerreros particularmente feroces y sedientos de sangre; la aparición de sus naves siembra el pánico y es presagio de desastres. Podemos imaginar que bandas de guerreros que habían estado en el mar durante días, si no semanas, no debían comportarse como caballeros a la vista de su presa, sino que hiciesen todo lo posible (incluso un despiadado uso de la fuerza) para asegurarse de que la misión concluyera con el mejor resultado. Pero no hay que olvidar que su mala fama se acrecentó desmesuradamente porque usaron la violencia contra una institución que nunca antes –en Europa del Norte– había sido víctima, y que, sobre todo, estaba compuesta por hombres que tenían la buena costumbre de registrar sistemáticamente los hechos que le atañían: se trataba de la Iglesia, y especialmente de los ricos y poderosos, pero indefensos, monasterios franco-británicos, que se convirtieron en los blancos preferidos de los escandinavos, los cuales, por otro lado, siendo paganos no sentían ningún escrúpulo. Alcuino de York, uno de los más ilustres intelectuales activos en la corte de Carlomagno, narra con detalle el saqueo del venerado monasterio de Lindisfarne, en la costa inglesa del mar del Norte, realizado por los vikingos en el 793, en los albores de su execrada actividad de predadores. El disgusto se debe a la escandalizada sorpresa de ver un lugar de culto profanado sin ninguna duda: "Tal atrocidad no se había visto antes. La iglesia de San Cutberto, que es el lugar más sagrado de toda Gran Bretaña, ha sido empapada con la sangre de los sacerdotes del Señor, y le han robado todas sus pertenencias, exponiéndola al saqueo de paganos".

mantener relaciones sexuales, ni mucho menos se lavan las manos después de comer". Además, nos hace saber que, abandonados sus barcos, habían construido en la orilla del río cabañas de madera, en cada una de las cuales se alojaban de diez a veinte hombres, cada uno con su propio jergón. En las cabañas había muchachas jóvenes y bellas, en parte objeto de su comercio, pero no era raro que uno de los habitantes de la cabaña "mantuviera relaciones sexuales con una esclava mientras sus amigos miraban". Si luego se presentaba un comprador, podía suceder que él también, siempre en presencia de los demás, "se divirtiese con una esclava y no acabase antes de quedar satisfecho".

Sería bastante para hacernos una idea de los rusos, pero ibn Fadlan, observador despiadado, continúa: "Sin excepción, cada día se lavan el rostro y el cuerpo en el agua más sucia e inmunda que imaginarse pueda". La cosa es así: por la mañana temprano, una de las esclavas porta un gran recipiente lleno de agua y se lo da a su señor, que en él se lava las manos, la cara y el cabello. Tras lo cual, se peina sobre el recipiente, se suena la nariz y escupe dentro. Cuando el primero ha terminado, la esclava lleva el recipiente, cuya agua no se cambia ni se filtra, a un segundo que hace lo mismo que el primero, y luego a un tercero, y sigue hasta acabar la rueda. "Cada uno se suena la nariz, escupe y se lava la cara y el cabello en el mismo recipiente".

Ofertas votivas

Estas "sucias criaturas de Alá", tienen sin embargo sus ritos religiosos. Cuando sus barcos llegan al lugar establecido para comerciar, cada uno baja a tierra llevando consigo pan, carne, cebolla, leche y bebidas alcohólicas y se coloca delante de un poste de madera que tiene esculpida una cabeza humana.

El hombre se postra ante la escultura y dice: "Señor, vengo de lejos. Traigo conmigo tal y tal esclava, esta y aquella piel…". Después añade: "He venido con estas ofrendas". Y deposita todo lo que ha traído ante la estatua. Finalmente, dice: "Deseo que tu rostro me traiga un comerciante con mucho dinero, que quiera comprar al precio que yo establezca, sin discusión". Si el negocio no cuaja, el vikingo vuelve dos o tres veces con sus ofrendas, para luego dirigirse a otras esculturas parecidas pero de menor formato. Si, por el contrario, las cosas le van bien, mata cierto número de ovejas y vacas, da una parte como limosna y deja el resto frente a la estatua de madera. De noche llegan los perros y, naturalmente, se lo comen todo. Entonces, aquel que haya hecho la ofrenda dice: "Mi señor está contento conmigo, ha comido mis ofrendas".

Escena de la leyenda de Sigfrido, de la mitología vikinga, que muestra a un **herrero forjando una espada**. Panel de madera del siglo XII (Oslo, Oldsaksammlung).

Ibn Fadlan ha oído hablar del complejo ceremonial que se sigue en los entierros de los jefes vikingos así que, cuando uno de ellos muere, no pierde la ocasión de ser testigo de lo que sucede. Lo primero que observa es que el jefe difunto es colocado en una tumba cubierta, donde permanecerá diez días; mientras tanto, se preparan los ropajes mortuorios. Las pertenencias del difunto han sido divididas en tres partes: un tercio para su familia, un tercio para la vestimenta que le pondrán y un tercio para las bebidas alcohólicas que se beberán el día en que una esclava sea sacrificada a su señor, y su cuerpo sea quemado junto al de él. Ibn Fadlan aprendió que la costumbre quería que, cuando un jefe muere, los familiares preguntasen a las esclavas: "¿Quién morirá con él?".

Una se ofrece voluntaria y, desde el momento en que responde: "Yo", será vigilada por dos personas día y noche. El escritor observa con interés a la esclava que se ha autodesignado como víctima y nota que, los días que preceden al even-

El herrero Regin prueba la dureza de la espada de Sigfrido, en una escena de una saga nórdica. Panel de madera del siglo XII (Oslo, Oldsaksammlung).

Tisso, la otra cara de la conquista

El *Jyllands Posten*, uno de los diarios nacionales daneses, el 26 de diciembre de 1997, publicó un amplio artículo sobre el descubrimiento, al sur de Kalundborg, en el Sjaelland occidental, de la gran heredad de Tisso (siglo X), compuesta por una enorme "casa larga" de 48 x 12,5 metros, la mayor nunca encontrada, rodeada por otras cuatro casas más pequeñas y por zonas ocupadas por oficinas. La zona, en total casi 20.000 metros cuadrados, está rodeada por un recinto rectangular formado por una empalizada. En la "casa larga" habitaban el señor de la heredad, con su familia y sus animales, mientras las otras casas alojaban a los campesinos. Junto a la "casa larga" se encuentra otro edificio más pequeño. La presencia de esqueletos de animales muertos, pero no descuartizados, hace creer que pudiera tratarse de una zona de sacrificios. Tisso no sólo es una de las primeras grandes fincas señoriales de la época, bien conservada y completa, sino también el primer caso en que en la época precristiana se registra una conexión entre una casa señorial y el control de un centro de culto.

El enclave muestra la cara "tranquila" de la era vikinga, constituida por una economía agropastoril sólida y abierta al comercio, capaz de asegurarle un nivel de vida decoroso a la población.

to, a menudo bebe y canta, feliz. También beben los demás, tanto que "a menudo uno de ellos muere con la copa en la mano". Mientras, es preparado el barco del jefe para la ceremonia fúnebre. Para empezar, lo sacan del agua y lo colocan sobre dos caballetes, y entonces preparan un ataúd recubierto con brocado bizantino y lleno de almohadones. En este punto entra en escena un nuevo personaje: "el ángel de la Muerte". Se trata de una anciana cuyo deber es ocuparse del cadáver del jefe primero, y matar a la esclava después. El cadáver es extraído de su tumba provisional: "Vi que su color se había vuelto negro por culpa del frío", observa el escritor, pero no anota otros cambios. Al difunto le visten suntuosamente con pantalones, botas, quartaq, un caftán de brocado con botones de oro y un gorro de brocado y cibelina. Lo colocan, sentado, en la tienda alzada en el centro del navío sujeto con dos almohadones; entonces le llevan bebidas alcohólicas, fruta, hierba perfumada (basilisco), pan, carne y cebollas. Luego cogen un perro, lo matan y, dividiéndolo en dos, lo colocan sobre la embarcación. Traen las armas del difunto y las colocan a su lado. Se procuran dos caballos, les hacen correr hasta que los animales están cubiertos de sudor, los matan y también los colocan sobre el navío. Todavía colocan los esqueletos de dos vacas, un gallo y una gallina. Mientras, la esclava que ha elegido morir va de tienda en tienda. El propietario de cada tienda mantiene relaciones sexuales con ella y, al acabar, le ruega: "Dile a tu señor que he hecho esto por amor a él".

Ebria de alcohol y de amor

Es un viernes por la tarde cuando hacen subir a la esclava sobre una especie de palco ligero ("el marco de una puerta", dice Ibn Fadlan), anteriormente alzado. La joven, para subir, apoya el pie sobre las manos que los hombres enlazan a modo de escalera. Cuando llega arriba, dice: "Veo a mi señor en el paraíso, hermoso y verde. Junto a él se encuentran hombres y jóvenes y él me llama: llevadme a él". La ceremonia se repite tres veces y entonces le entregan una gallina a la que corta la cabeza y la tira. El cuerpo de la gallina se coloca sobre la embarcación a la que ahora conducen a la esclava. Llegada allí, la joven se quita dos pulseras que lleva y se las da al Ángel de la Muerte. Luego se despoja de dos aros

Embarque de Harold y de los normandos, en una escena del *Tapiz de Bayeux*.

ornamentales que lleva en los tobillos y se los da a dos muchachas, hijas del ángel, que tienen el deber de entretenerla en los últimos momentos del rito. Mientras, llegan dos hombres que llevan escudos y varas de madera y ofrecen a la esclava aún otra copa llena hasta los bordes con otra bebida. La vieja la anima a beber y a entrar en la tienda después. Ibn Fadlan observa que la joven está tan confusa que, en lugar de dirigirse a la entrada, da una vuelta alrededor. Entonces, el ángel de la Muerte la agarra por la cabeza y la hace entrar, siguiéndola. Los hombres empiezan a golpear con las varas de madera sus tambores con el fin de que su ruido cubra los gritos de la moribunda y las demás esclavas no se espanten a la vista del día en que les toque morir junto a sus amos.

Seis hombres mantienen relaciones sexuales con la esclava, luego la ahogan mientras una mujer le clava un puñal

Ya se aproxima el final. Seis hombres entran en la tienda y mantienen relaciones sexuales con la moribunda; luego la colocan junto a su señor. Dos hombres la aferran por los pies y dos por las manos, el ángel de la Muerte le pasa alrededor del cuello una cuerda y le da los dos cabos a los dos restantes. Ellos serán quienes tirarán de la cuerda hasta sofocarla. Al mismo tiempo, el ángel le clavará muchas veces un puñal en el costado. En este punto, es seguro que la esclava se ha reunido con su señor. Ahora sólo quedar quemar el navío con su carga de muertos, de brocados, alimentos y animales sacrificados.

Uno de los parientes más próximos del jefe se acerca, desnudo y caminando hacia atrás, a la embarcación. Lleva en la mano una tea encendida que lanzará a la espalda, sobre la pira lista bajo la nave; tras él se acercarán todos y lanzarán teas encendidas. "Soplaba un fuerte viento", observa Ibn Fadlan; muy pronto se alzan las llamas y devoran navío, tienda, el cuerpo del vikingo y el de la esclava. Ibn Fadlan pregunta en este momento, a través del intérprete, a uno de los rusos por qué han hecho eso a lo que ha asistido.

La respuesta es: "Vosotros los árabes sois tontos. Cogéis el cuerpo de quien más respetáis, de quien más habéis honrado en vida, y lo dejáis en la tierra donde será devorado por los gusanos y por la misma tierra. Nosotros lo quemamos en un momento; así puede llegar pronto al Paraíso". El ruso lanza una gran carcajada tras estas palabras y el árabe le pregunta el porqué: "El señor ha enviado el viento por amor a él, para que el fuego se lo lleve en una hora", es la respuesta. "De hecho, no pasó una hora –escribe Ibn Fadlan– antes de que el navío, la hoguera, la esclava y el difunto quedaran transformados en cenizas". Y todavía el escritor nota que, apagada la hoguera, sobre el lugar donde estuvo la nave elevan un túmulo, en cuyo centro se coloca un palo que lleva escrito el nombre del jefe muerto y el del rey de los rusos. "Tras lo cual –concluye– (todos) se alejaron".

Los hallazgos arqueológicos de la zona han confirmado lo narrado en la *Risala*, a propósito de las costumbres funerarias de los grupos de vikingos establecidos en la región del Alto Volga. Que la costumbre de hacer ofrendas humanas se haya difundido entre los pueblos nórdicos del período vikingo lo demuestran otros descubrimientos en la península Escandinava, en Jutlandia y en varias islas. En la de Man, hoy inglesa, ha sido hallada la tumba de un hombre muy importante –si se juzga por el ajuar funerario– y, junto a su esqueleto, el de una mujer muerta en la juventud y con la cabeza rota. Otra esclava, probablemente, que, ebria de licores fuertes y de amor terreno, fue a reunirse con su señor a un paraíso bello y lleno de verdor. ■

PARA SABER MÁS

Margeson, S. M., *Vikingos*, Madrid, 2004.
Jonas, A., y Saillard, R., *El temps des vikings*, Barcelona, San Pablo, 2006.
Velasco, M., *Breve historia de los vikingos*, Madrid, Nowtilus, 2005.
Los vikingos (1958). Dir: Richard Fleischer. Intérpretes: Kirk Douglas, Tony Curtis, Ernest Borgnine, Janet Leigh.